

Manifestación 15-O Madrid

http://www.ilcambiamento.it/lontano_riflettori/indignati_madrid_15_ottobre_2011.html

María

Ayer a las 17:30, pude ver por la ventana como llegaban al Paseo del Prado los primeros manifestantes que habían partido a las 16.00 en la columna del sudeste de la ciudad. La encabezaban los representantes de la Asamblea de Institutos de Madrid, vestidos con sus “polémicas” camisetas verdes, símbolo de la defensa de la educación pública madrileña. Les seguían pancartas de asambleas populares de barrios y municipios de la Comunidad de Madrid: Lavapiés, Carabanchel, Arganzuela, Villaviciosa, Alcalá, etc. con representantes del movimiento 15M de todas las edades, pero sobre todo, gente joven, algunos con sus hijos, todos con sus propios carteles, pero con un mismo objetivo: los políticos y la banca. De vez en cuando se veía alguna bandera, siempre republicana, pero también había de otros países como Grecia o Siria. La gente es creativa y se han fabricado gigantes caricaturas de Rubalcaba y Rajoy, un barco pirata con ruedas o un enorme euro que rueda entre la gente.

A las 18:00 llega el grueso de la columna acompañados de una enorme orquesta de percusión: once filas de veinte personas con tambores y panderos pude contar, tocando juntos en perfecta sintonía, mientras la gente los grababa y fotografiaba. En estos días, todo el mundo es reportero. Mientras, un anciano pasa por su lado con su pancarta, que dice: “soy abuelo; no permitiré que se coman nuestras flores”.

A las 18:30 todavía pasa gente por debajo de mi ventana. Es el momento de bajar a la calle. Por el camino paso por delante de la Plaza de las Cortes, que conduce al Congreso de los Diputados, completamente vallada y custodiada por la Policía Nacional. Mi intención es llegar a Cibeles porque allí es dónde se reúnen todas las columnas partidas a primera hora de la tarde, desde diferentes barrios de Madrid, como ya se hizo el 19J. La gente se recibe con una gran ovación, agitando las manos en alto, aplaudiendo, silbando. Es tal la multitud que tardamos dos horas en salir en dirección a la Puerta del Sol por la calle Alcalá.

Va cayendo la noche; mientras la gente que no cabe, sube por los aledaños, en la calle Alcalá continúan las performances, la música y la pegada de carteles. Un improvisado puesto informático ambulante sobre un carro de la compra va proyectando sobre los edificios iluminados los mensajes de las pancartas. A la altura del número 32 la gente está casi parada y es casi imposible acceder a Sol. Yo me cuelo entre la gente para llegar hasta la orquesta de percusión. En ese momento se organiza una gran pitada. Nos encontramos frente a la Confederación Española de Cajas de Ahorros, muchas de ellas, en quiebra o intervenidas en la actualidad por el Estado.

Con bastante dificultad consigo llegar a Sol. Allí, la gente ha escalado por los andamios de un edificio, colocando pancartas. A lo lejos se oye el rumor de un altavoz, que pide a los manifestantes que utilicen la calle Carretas, Arenal o Preciados para acceder a la plaza, porque por Alcalá ya no se puede. Es impresionante; hay gente subida por encima de las estructuras que dan acceso al metro, a los ascensores, a las farolas, incluso al Oso y el Madroño. Por fin veo a los portavoces que se encuentran bajo la estatua de Carlos III, con dos estandartes a cada lado, imitando a los romanos, creo yo, donde se lee 15-O.

Doy una vuelta por la plaza, y veo algunas asambleas formándose; algunas personas permanecerán aquí toda la noche; yo por mi parte, salgo por Preciados y llego a Callao. Allí consigo que mi teléfono móvil vuelva a funcionar. La saturación de gente quedaba un poco más abajo.

Ivan

Sábado 15 de octubre, hoy podría ser un sábado como cualquier otro. Pero hay una responsabilidad moral con uno mismo, acudir a la marcha que tiene lugar esta misma tarde. Sabes que no vas a estar solo, sabes cuál es el camino, pero no cuántos te van a acompañar. Necesitas expresarte, volcar en tu grito la protesta ante la injusticia moral que ahoga tu realidad circundante, la decepción y la desconfianza que te incitan quiénes toman las decisiones. El miedo que genera saber que hay personas en el mundo, que tú no has elegido de manera democrática, que deciden por ti cómo vivir y te

dicen la manera en que debes hacerlo. Aún cuando ellos no sean modélicos con su ejemplo.

Llegas a las 17:35 a Atocha. Bajas del autobús en el que ibas sentado pensando cuántos de los presentes van en tu misma dirección. Tal vez la ilusión hace salir de ti un pensamiento furtivo de desánimo, te parecen pocos, quieres que haya más personas que protesten contra lo injusto del mundo por aquéllos que no tienen voz o no pueden salir a la calle. Dar aliento a una causa que está más allá del interés propio, deseas encontrar una fuerza común.

Mientras piensas a cada paso, vas encontrándote con rostros que te son conocidos, personas que eligieron hace tiempo la forma de construir su vida, que persiguieron sus sueños. De repente ahí están. No es una sorpresa encontrar a día de hoy sueños rotos, lo sabes, uno es consciente de las necesidades básicas y problemas que acaecen en tu comunidad. Tus objetivos también se han visto afectados, frenados de improvisto. El mañana es una incertidumbre difícil de asaltar, sin referente, cuando tu presente se escapa de tus manos con los ritmos del mercado.

El eslogan del 15OCT “unidos por un cambio global” cobra sentido cuando observas que marchas formando parte de un grupo heterogéneo en edad, procedencia, sentir... Te das cuenta de que tienes más en común con cualquier otro indignado de otra parte del mundo, que con aquellos que te representan. A unos no los conoces pero se preocupan por el cambio climático, la corrupción y las deficiencias de lo que han venido llamando globalización. Lo absurdo es tener con ellos más en común que con los de la Gurtel, y con quienes recortan los derechos, en gastos de sanidad y educación.

Hace algunos siglos atrás, había unos pocos que creían que la Tierra no eran plana, que sus confines no llevaban a la caída libre hacía el vacío. Plantearon un mundo diferente, y fueron tachados de marginales. Hoy en la

manifestación te sientes ir contra la corriente de lo estipulado, de lo correcto y en cambio eres consciente de portar la razón.

Desde Atocha hasta Cibeles, caminando por el Paseo del Prado, no importa lo que tardes, aunque llevas casi dos horas de pie, te sientes optimista, y piensas que un cambio es posible. En raras ocasiones había visto a tanta gente congregada. Las demandas y consignas apelaban a la democracia, a la justicia social y una mayor moral. La moral, tal vez unos de los éxitos más plausibles de la civilización, hoy no tienen validez en la política ni en la economía y a pesar de ello la gente grita: “qué no!, qué no! Qué no nos representan! Qué no!”, “Regeneración política ya!” “Stop desahucios”, “Me gustas democracia pero estás ausente”, “Vuestra crisis no la pagamos”, “Alquileres sociales ya!”.

A cada paso que das, vas descubriendo más preocupaciones, más carencias y gente que las reconoce. Los que están protestando ante la situación de Siria, aquellos que piden no recorten en Educación ni en Salud, las voces contra los banqueros y el Mercado, contra la clase política en general sin hacen distinción del color de los partidos. Incluso como los del Partido Humanista pidiendo firmas para poder optar a participar y presentarse en las próximas elecciones.

Cuándo al fin llegas a Cibeles, te quedas helado. No se avanza, no se puede ir hacia a Sol. Hay mucha, mucha gente y cuanto más tiempo pasas entre los cuerpos de la indignación más te da por pensar en la situación en que se vive. En la ceguera política, en el cáncer del individualismo, en la desigualdad social, piensas en abstracto y en este día en otras ciudades hay quién estará pensando y haciendo lo mismo que tú, no te conoce y tiene las mismas inquietudes. La razón de ello es que este sistema económico beneficia a una minoría mientras que la mayoría acarrea con sus consecuencias y fallos, y esa mayoría precisamente no copa el puesto de las decisiones, sino que son sus espaldas que sustentan al mundo con su tiempo y trabajo, y cuya voz dormida, que ahora despierta de su letargo, clama pidiendo la atención de aquellos que podrían cambiar a mejor y terminar con el atropello que muchos soportan en su ser.

Por fin, entras en Sol son ya las 20: 16 y han pasado cerca de tres horas desde que empezaste la marcha. Vuelves al principio y aquí todo es un ejercicio de observación en tanto te permite el movimiento por el limitado espacio de la plaza abarrotada. Más consignas, más pancartas, miras la fachada dónde se alojaba el Tío Pepe y de ahí penden carteles. Mires dónde mires, hay escrito un pensamiento, en cuadernos colgados en la espalda (soy de México y también me siento indignado), en post-it colocados en los sitios más extraños. En mucho tiempo, dejas de estar solo para ser parte de una indignación mucho mayor que tu persona. No sabes cómo acabará el movimiento, pero deseas, necesitas que haya un cambio.